

LOS MODELOS EDUCATIVOS JUVENILES DEL MOVIMIENTO CATÓLICO EN ESPAÑA (1868-1968)¹

The educative youth patterns of the Catholic movement in Spain (1868-1968)

Pere FULLANA y Feliciano MONTERO
Universidad de Barcelona y Universidad de Alcalá de Henares

Fecha de aceptación de originales: octubre de 2003
Bibliid. [0212-0267 (2003-2004) 22-23; 33-51]

RESUMEN: La educación de la juventud, reglada y no reglada, fue uno de los principales objetivos de la recatolización en la vida urbana. El siguiente artículo presenta los modelos educativos desde propuestas de preservación moral y de piedad juvenil, hasta las Juventudes Católicas y los movimientos especializados. Además, se hace una mención especial a las asociaciones juveniles promovidas por las instituciones religiosas, especialmente de las congregaciones marianas; y se propone el modelo confesional del escultismo como uno de los métodos más significativos del movimiento católico.

PALABRAS CLAVE: movimiento católico, Acción Católica, Congregación Mariana, Movimiento Scout, Patronato.

ABSTRACT: The education of young people, formal and informal, was one of the principal objectives in the recatholicism of the urban life. The article presents the educative patterns from the propositions of moral preservation and pious youth until the «Juventudes Católicas» and the specialized movements. Moreover, it is an especial mention to the young associations promotes by the religious institutes, especially of the congregations of Mary; and the pattern of the confessional scout movement is propose like one of the most significant methods.

KEY WORDS: Catholic movement, Catholic Action, Congregation of Mary, scout movement, Patronage.

¹ El presente trabajo forma parte del Proyecto I+D, BHA 2002-02534 *Catolicismo versus secularización en la España del siglo XX. La pastoral de reconquista y el Movimiento Católico*.

Introducción

EL MOVIMIENTO CATÓLICO EN ESPAÑA, como en el resto de los países católicos, se ha caracterizado por su planteamiento global de recristianización. Su máxima finalidad era abarcar todos los aspectos y estar presente en todos los ámbitos de la vida social. Obviamente la educación, tanto reglada como no formal, constituyó un objetivo sustancial en la recatolización de la vida ciudadana, y así se manifiesta de forma hegemónica en los trabajos y conclusiones de los Congresos Católicos de finales del siglo XIX y en toda la larga polémica con el movimiento secularizador en las primeras décadas del siglo XX.

En este contexto genérico y global marcado por la confrontación clericalismo-anticlericalismo, o mejor movimiento católico *versus* movimiento secularizador, vamos a trazar de una forma específica un cuadro de las iniciativas y los modelos educativos juveniles desde las múltiples obras para la preservación moral y piadosa de la juventud hasta las Juventudes Católicas y los movimientos juveniles especializados por ambientes. Desde el Sexenio liberal-democrático de 1868-1874, que impulsa la reacción y la organización católica, hasta la crisis de los movimientos juveniles de A.C. especializada en 1968. Ahora bien, un cuadro general como el que aquí pretendemos esbozar tendría que tener en cuenta no sólo la evolución de la confrontación movimiento católico-movimiento secularizador, factor o perspectiva dominante en nuestro caso, sino también la evolución de las pedagogías y políticas educativas juveniles, así como el proceso de emergencia de la juventud como tiempo específico y autónomo con sus propias aspiraciones y reivindicaciones².

Teniendo en cuenta estos tres elementos contextuales, especialmente el primero, y utilizando las pautas trazadas por la historiografía europea, especialmente la francesa, creemos que se pueden señalar algunos modelos asociativos representativos respectivamente de distintas concepciones pedagógicas y de formas diferentes de entender la recristianización o la reconquista misionera de los jóvenes. Modelos diferentes según los objetivos, preferentemente religiosos y morales o instructivos y recreativos; según el destinatario social, burgués u obrero, masculino o femenino; según la preferente estrategia misionera, preservar e influir en las masas o formar élites de militantes; y desde luego según los diferentes «tiempos» o contextos históricos. Pues aunque se puede apreciar una fundamental continuidad de objetivos y métodos, y aunque los diversos modelos perviven más allá de su momento fundacional y de esplendor, y se adaptan a las nuevas circunstancias y valores, coexistiendo entre sí diversas ofertas educativas y asociativas, creemos que se puede apreciar una evolución significativa en el asociacionismo juvenil católico, correspondiente a etapas igualmente significativas de la historia del movimiento católico en la España del siglo XX.

Conscientes de su provisionalidad vamos a centrar esta presentación sintética en unos cuantos modelos significativos de otras tantas etapas, siguiendo muy de cerca la propuesta de G. Cholvy en su cuadro del asociacionismo juvenil católico en Francia y conjugando las distintas variables mencionadas (Cholvy, 1985 y 1999a):

² El cuadro general que presentamos, con toda provisionalidad, se refiere al conjunto de la evolución española, teniendo en cuenta el marco católico europeo, y especialmente el francés, que nos presentan las obras de Cholvy; pero dedica una atención específica al caso catalán, especialmente estudiado por la historiografía.

El tiempo de las *asociaciones para la juventud*, escolares y postescolares, obras fundamentalmente de preservación moral y para el cultivo de las prácticas piadosas. Las congregaciones marianas representan bien este modelo. Dentro de esa primera época de obras para la juventud, aproximadamente entre 1868 y 1900, habría que distinguir las destinadas a la burguesía y las clases medias, la educada en los colegios de religiosos, y las dedicadas a la educación, moralización, instrucción y recreo de las clases populares, bien de manera genérica en los Patronatos de Juventud, considerados como una prolongación eficaz de los catecismos de perseverancia, o específicamente en los Patronatos para la Juventud obrera tal como el P. Vicent los entendía como parte de los Círculos Católicos de Obreros.

Frente a las obras o asociaciones para la juventud, el tiempo de las *organizaciones juveniles* supone un salto cualitativo, pues parten del reconocimiento de la identidad juvenil y subrayan el protagonismo y la dirección de los propios jóvenes en sus obras y actividades. Se trata por otra parte de asociaciones de militantes destinados a participar en el combate del movimiento católico. Por tanto el objetivo ahora no es tanto la preservación y el cultivo interno de las prácticas piadosas y los comportamientos morales, sino la formación para la acción y la influencia en los lugares y ámbitos de confrontación. A este modelo responde en parte la primera Juventud Católica nacida en España junto a la Asociación de Católicos en 1870, más claramente la Asociación francesa (ACJF nacida en 1886) y más aún el movimiento juvenil educativo y político de «Le Sillon», condenado en 1910 por Pío X como «modernista social».

Pero más claramente el modelo de las *Juventudes Católicas* cuaja en los años veinte como parte fundamental del nuevo modelo de Acción Católica planteado por Pío XI en esos años, dentro de una cruzada general de restauración del «Reinado social de Jesucristo», según el planteamiento de la «Quas Primas» (Menozzi, 2001). Cruzada global, religiosa y moral, pero también social, cultural en un sentido amplio, expresión de una confrontación global entre culturas alternativas (Depáepe y Simon, 1999). Las Juventudes Católicas se desarrollan en España como en Europa en el tiempo de entreguerras en confrontación con otras Juventudes políticas, con un ideal formativo específico, la trilogía «Piedad, Estudio, Acción», y con un método pedagógico activo y participativo: el Círculo de Estudios. Ideales y métodos nuevos que se correspondían con los vigentes en la época.

En el seno de las Juventudes Católicas y participando de su ideal misionero de conquista surge un modo nuevo de entender la misión como encarnación o participación directa en los problemas sociales del ambiente, y un método formativo diferente, que parte de la experiencia vital, la Revisión de Vida. Partiendo de la Juventud Obrera, la JOC belga y francesa llega a España en el tiempo de la República, pero no llega a desarrollarse y difundirse a otros movimientos juveniles, estudiantiles y rurales, hasta los años cincuenta y sesenta, alcanzando su punto álgido (Asamblea de la Juventud de 1965) y el principio de la decadencia, al final de los sesenta, en el contexto de la crisis o conflicto generalizado de la Iglesia con la A.C. española.

Al margen de estos tres modelos y tiempos del asociacionismo juvenil católico tan ligados a la propia evolución del movimiento católico en su confrontación con el movimiento secularizador, merece una consideración específica una oferta asociativa y educativa con personalidad propia, el escultismo católico, parte de un movimiento general e internacional, con especial arraigo en Cataluña.

Asociaciones juveniles católicas escolares y postescolares

Después de la crisis profunda de la vida religiosa española del decenio de 1830, desapareció su tradicional modelo pastoral y de formación marcado por los valores, la teología y la mentalidad del Antiguo Régimen. La mayoría de órdenes y congregaciones habían mantenido tradicionalmente asociaciones de laicos (congregaciones marianas (Revuelta, 1995), terceras órdenes (Riquelme, 1995), etc., pero apenas habían incidido en la dedicación exclusiva a los jóvenes. En cambio, a partir del Concordato de 1851, como consecuencia de la lenta recuperación social por parte de las congregaciones, se abrió un nuevo escenario pastoral, en el cual la juventud tuvo un papel destacado y pasó a ser uno de los objetivos prioritarios, incluso antes de la Restauración borbónica de 1875. Las congregaciones masculinas toleradas (Oratorio de San Felipe Neri y Misioneros de San Vicente de Paúl, e incluso los escolapios) y algunas femeninas (Compañía de María, Hijas de la Caridad, etc.), promovieron, durante los decenios de 1850 y 1860, distintas iniciativas de preservación juvenil, entre las cuales destacó el oratorio parvo, y colaboraron, en el caso de las congregaciones femeninas, con las primeras asociaciones femeninas juveniles modernas (Hijas de María, sobre todo).

Coincidiendo con la difusión de los patronatos en Francia y los oratorios italianos, en España surgieron también, por iniciativa sobre todo de jóvenes religiosos, organizaciones diversas, algunas de las cuales conocidas suficientemente como la Escuela de la Virtud (Barcelona, 1851), la Corte Angélica de San Luis Gonzaga (Palma de Mallorca, 1859) y un sinnúmero de congregaciones marianas regentadas por sacerdotes seculares, durante los períodos de ausencia de los jesuitas. El compromiso de las congregaciones religiosas en la educación reglada —tanto primaria como secundaria, especialmente a partir de la Ley Moyano de 1857—, tuvo su prolongación y su complemento en la educación postescolar y en la formación espiritual, catequística y el sentido de pertenencia a una Iglesia militante contra el liberalismo y la secularización. En gran medida, el modelo asociativo dominante durante este período fue el de la Congregación Mariana de Jóvenes. Con la Restauración, en 1814, la Compañía de Jesús recuperó su presencia en el terreno escolar, aumentó su dedicación pastoral (misiones populares, predicación) y mantuvo un protagonismo incuestionable en la formación católica de las clases acomodadas urbanas. Inmediatamente después de su reinstalación en las antiguas residencias y en sus nuevos centros escolares recuperaron las congregaciones de alumnos y restauraron el modelo asociativo juvenil que tantos frutos había dado antes de la supresión. Entre 1814 y 1875, en España se fundaron millares de congregaciones marianas de jóvenes —conocidos popularmente como *kostkas* y *luisés*— y congregaciones femeninas o Hijas de María. Promovidos o no por la Compañía de Jesús, las congregaciones mantenían un esquema de formación similar y arraigaron sobre todo entre estudiantes de centros de segunda enseñanza como un complemento educativo de los mismos. A lo largo del siglo XIX, la sociabilidad de estos jóvenes tenía un carácter devocional, fundamentado en una espiritualidad pietista, sentimental y testimonial. Las congregaciones mantenían una gran disciplina interna y un fuerte sentimiento de pertenencia a una milicia destinada a testimoniar públicamente un catolicismo profundamente cuestionado por la educación, la cultura y los nuevos valores del individualismo liberal. La piedad comunitaria, la presencia en actos religiosos de masas y el ejercicio de la caridad

de muchos jóvenes potenció, entre otros valores incuestionables, un catolicismo consciente, sólido y formal de un sector dirigente sobre todo durante la segunda mitad del siglo; el aumento de las vocaciones religiosas y sacerdotales, y un mayor compromiso y sensibilidad social en la Restauración, aunque ciertamente desde un planteamiento conservador y, a menudo, integrista.

A partir de la Restauración de 1875, los centros de enseñanza primaria y secundaria, promovidos y regidos por las órdenes y congregaciones religiosas, tuvieron un papel decisivo como elementos de recristianización y como espacios de reproducción de valores religiosos. Los institutos religiosos, tanto masculinos como femeninos, legitimaron su presencia en la Iglesia española precisamente por la importancia de su labor educativa y la formación de los jóvenes fuera del ámbito estrictamente escolar. En el último tercio del siglo XIX hay que destacar, sobre todo, la implantación de una red educativa en la que tuvieron un papel destacado los jesuitas, los escolapios, los agustinos, los marianistas (Labrador, 1994; Gaston, 1986), los salesianos (sobre todo desde comienzos del siglo XX [Alberdi, 1994]) y los Hermanos de las Escuelas Cristianas (también desde el comienzo del siglo XX aunque llegaron a España en 1878 [Gil, 1994; Gallego, 1978]), así como también en menor escala los dominicos, los franciscanos y los capuchinos, entre otros, por lo que respecta a la vida religiosa masculina.

En cuanto a los institutos femeninos la implantación tuvo características diferentes, pero hay que destacar también a las Hermanas de la Compañía de María, la Sociedad del Sagrado Corazón y a las Hijas de la Caridad (Florido, 1988), entre otras. A partir de esta realidad es preciso profundizar, también, en el papel de los institutos menores, aquellos que no alcanzaron los niveles de los grandes institutos, pero que tuvieron una presencia destacada en algunas diócesis concretas, aunque no lo tuvieran a nivel del conjunto de España. En este sentido, a partir de los estudios regionales (País Vasco [Aloy, 1986], Andalucía [Ballarín, 1986], Cataluña [Yetano, 1988] y Baleares [Fullana, 1994], entre otros), se pone de manifiesto la existencia de una red significativa de congregaciones de carácter local o con una especial influencia en ámbitos concretos, cuyo protagonismo en el terreno de la educación de la juventud fue altamente significativo a nivel local. Las grandes síntesis de la historia de la educación inciden en las grandes congregaciones y órdenes y apenas en los microinstitutos, algunos de ellos con una relevancia significativa en el terreno educativo (Hermanos Terciarios Capuchinos, Hermanas de la Pureza de María, escolapias, etc.).

La labor pedagógica de los institutos religiosos no se mantuvo únicamente en el terreno de la enseñanza reglada, sino que paralelamente potenciaron el asociacionismo juvenil de carácter postescolar, con matices y formas asociativas diferentes. Al mismo tiempo habría que destacar que estos institutos actuaron también en sintonía con las mentalidades dominantes y en relación directa con la evolución del movimiento católico europeo y español. Es lo que Sanz de Diego llama actividades de «atención especial a alumnos y profesores fuera de sus propios centros» (Sanz de Diego, 1994: 571). En cuanto a la trayectoria formativa de la Compañía de Jesús, Sanz de Diego destaca:

Baste recordar, como una mínima muestra, dos asociaciones dedicadas especialmente a maestros: la Asociación de Maestros de Primera Enseñanza de San Casiano, en Sevilla, impulsada por el padre Francisco de Paula Turín, y la Congregación

Mariana del Magisterio Valentino. Y no hay que olvidar la atención a universitarios y profesores en las Congregaciones Marianas (los «luisés») y en las asociaciones creadas por el padre Ángel Ayala (Sanz de Diego, 1994: 572-573).

En cuanto a las asociaciones juveniles de preservación, hay que destacar, de una forma especial, a las congregaciones marianas (jesuitas), la Academia Calasancia (escolapios) y la Academia de Santo Tomás (dominicos), destinadas a socializar a profesores y alumnos universitarios ya a finales del siglo XIX en Salamanca y Valladolid, sobre todo (Hernández y Galmés, 1994) y la creación de secciones deportivas en algunos de los principales centros escolares urbanos. Las congregaciones religiosas trabajan la formación de jóvenes y los preparan para profundizar su compromiso en una sociedad en proceso de secularización. Sus principales líderes surgen de sus propios centros académicos, debidamente seleccionados, sobre todo entre las clases más acomodadas, aunque no se descarta el compromiso también entre las clases populares (creación de Patronatos Obreros, escuelas nocturnas y escuelas profesionales).

Como había sucedido durante la primera mitad del XIX, el modelo asociativo juvenil más conocido y extendido en España fue el de las congregaciones marianas gracias, primero, al ascendente religioso-cultural de la Compañía de Jesús, pero, también, gracias al apoyo de León XIII, de los obispos, del clero diocesano, e incluso, de los institutos religiosos dedicados a la educación. Las congregaciones marianas se presentaban como el remedio más eficaz y oportuno para oponerse a los planes de descristianización general que León XIII achacaba a la masonería (*Humanum Genus*, 1884). Si bien León XIII también impulsó encarecidamente otros modelos asociativos (la Tercera Orden Franciscana, por ejemplo), el contenido y el formato de la congregación era el que mejor se acomodaba y cubría el arco de referencias del movimiento católico. Tanto en las casas de jesuitas como fuera de ellas, las congregaciones marianas mantenían la formación, la piedad, la propaganda, la acción caritativa o social, la cultura y la política. Aunque dirigidas por el clero diocesano, en muchos casos, y protegidas por las congregaciones de adultos, las congregaciones de jóvenes a partir de 1884 evolucionaron del pietismo al activismo, impulsaron la formación de dirigentes y alimentaron un modelo nuevo de compromiso social y político de los católicos españoles. Existieron diversos modelos de congregaciones, según el medio en el cual actuaban y en relación a las características de sus integrantes: parroquiales (rurales y urbanas), estudiantes de secundaria y universitarias. Indudablemente, las más conocidas y aparentemente más destacadas fueron las asociaciones de formación y apostolado universitario, entre las cuales destacaron las de Barcelona y Madrid. En ambos casos se trata de obras de formación y de regeneración religiosa, social y política. En Barcelona, por ejemplo, el P. Fiter lideró un movimiento juvenil conservador y regionalista (Sobrero, 1975); mientras en Madrid fue el germen de la Acción Católica Nacional de Propagandistas. Dos modelos claramente diferentes en la forma de entender el compromiso cultural, religioso y político de los jóvenes congregantes, aunque ambos grupos se habían formado con una metodología similar.

Aunque la principal finalidad de las asociaciones postescolares era formar élites y dirigentes, la labor social y el compromiso religioso de estas iniciativas tiene un carácter paternalista y de preservación, a partir de una interpretación de la realidad sociorreligiosa en clave tradicional y pesimista. Desde 1875 y durante los primeros decenios del siglo XX, persiste en las órdenes y congregaciones religiosas un modelo de socialización juvenil de carácter pietista y antiliberal, pero al mismo

tiempo aquellas asociaciones se convirtieron en escuelas de formación de élites dirigentes y de profesionales comprometidos con el catolicismo, aunque paralelamente dichas asociaciones basaban su propia fuerza en el número de asociados y en su capacidad de escenificación social. Formaban un «ejército disciplinado», con un modelo de militancia basado en el rigorismo individual y grupal, y, en consecuencia, en una fuerte disciplina interna, tanto moral como religiosa. En algunas diócesis, incluso, la jerarquía diocesana optó por el modelo de socialización juvenil de las congregaciones religiosas y promovió la constitución de congregaciones marianas, oratorios y patronatos en las parroquias. No cabe duda de que el principal modelo de formación juvenil, entendido como método de compromiso grupal, provenía de aquellos institutos religiosos que tenían como carisma propio la educación y la formación de la juventud. En este sentido hay que tener presente el apoyo que ofrecieron los obispos a las congregaciones dedicadas a la enseñanza. La educación católica tiene su máxima expresión como antídoto y como modelo alternativo de la burguesía católica frente al institucionalismo y la enseñanza pública potenciada por el liberalismo laicista. En este sentido, es lógico que los principales institutos religiosos aportasen también un grado de profesionalización pedagógica y un contingente significativo de educadores, los frutos de los cuales beneficiaron sobremanera a las diócesis, con un clero hasta el momento poco formado para estos menesteres.

El compromiso de los institutos religiosos se explicita sobre todo en las publicaciones de carácter pedagógico y científico, y en revistas de carácter colegial escritas por alumnos y ex alumnos. En este sentido hay que destacar, a modo de ejemplo, las publicaciones pedagógicas de escolapios y marianistas. En cuanto a los primeros hay que destacar el *Boletín de la Academia Calasancia* (Sabadell, desde 1886), la *Revista Calasancia* (Madrid, desde 1888), *La Academia Calasancia* (Barcelona, desde 1891), *Piedad y Letras* (Valencia, desde 1901), *El Calasancio* (Vilanova i la Geltrú, desde 1908); *Ave María* (Barcelona, desde 1905), *Portaveu del Centre Obrer Calassanci* (Barcelona, desde 1908), *Páginas calasancias* (Madrid, desde 1912), *La Aurora del Pirineo* (Jaca, desde 1912), *Nuestra Revista* (Madrid, desde 1921), *Juventud Calasancia* (Tafalla, desde 1922), *Mi pequeño colono o Las Colonias escolares* (Valencia, desde 1931) (Fauvell, 1994). En cuanto a las publicaciones marianistas:

En efecto, en 1912, los estudiantes de sexto curso del Colegio de San Sebastián redactaron un *Diario semanal ilustrado*, que ese mismo curso se convertiría en la primera revista escolar con el nombre de *Tao-Te-Ling*. Esta iniciativa cultural, apoyada por el colegio, dio paso en 1913 a otra publicación de más envergadura, *La Aurora de la Vida*, de vida próspera, que en 1920 se transformó en *Ecos del Colegio*, revista trimestral que dejó de publicarse en 1933 debido a la situación política del país. En Madrid, en el Colegio del Pilar, también en 1912 nace *Proyección*, de carácter semanal, que recogía producciones artísticas, literarias y científicas, siendo la más significativa *Recuerdos de Nuestra Señora del Pilar*, que se publicó entre 1912 y 1922, participando en su confección profesores y alumnos y reflejando en sus páginas la vida del colegio. Además se hizo la revista *El Pilar* que, desde 1923 a 1936, recoge información relevante y datos para la historia del centro. Se dirigía a estudiantes, antiguos alumnos, educadores y padres (Labrador, 1994: 598-599).

Evidentemente, este tipo de publicaciones eran frecuentes en prácticamente todos los institutos religiosos masculinos dedicados a la enseñanza, desde finales del XIX hasta los años treinta.

Durante la II República se mantienen las asociaciones como elemento de apoyo a unos centros que, en muchos casos, fueron cerrados como consecuencia de la Ley de Confesiones y Congregaciones Religiosas de 1933. En algunos casos, los padres de familia y antiguos alumnos se hicieron cargo de algún centro al impedirse que el instituto gestionara el centro. Durante el sexenio republicano hay que constatar una mayor influencia social de los religiosos, la mayoría de los cuales fueron obligados, por ley, a abandonar las aulas y como consecuencia de ello implementaron su apostolado laical. La implantación de la Acción Católica creó algunas dificultades a las asociaciones dependientes de las órdenes religiosas, sobre todo porque aquélla coincidía en sus fines con la mayoría de asociaciones y amenazaba con suplantarlas. Así, por ejemplo, «los responsables de la Congregación se esforzaron en mostrar las diferencias existentes y en mantener su propia identidad. Una identidad que hacían consistir en la selección de los congregantes y en el equilibrio de los fines de la Congregación: la perfección interior y la acción exterior» (Revuelta, 1995: 33-34).

La formación que recibieron los jóvenes vinculados a los institutos religiosos durante la II República no se mantuvo al margen de la problemática religiosa, de la militancia católica y del radicalismo del confesionalismo español, en general. Los principales modelos asociativos postescolares (congregaciones, Milicia Angélica, Cruzadas del Amor Divino, Juventudes Seráficas y Juventudes Antonianas, entre otros) aumentaron y radicalizaron su discurso y sus actitudes antirrepublicanas, y se produjeron unos niveles de politización anteriormente inexistentes. Al mismo tiempo, muy especialmente los jesuitas, estuvieron vinculados a las Asociaciones de Padres de Familia y a los Estudiantes Católicos, dos entidades especialmente beligerantes y militantes durante una coyuntura que se interpretaba de persecución a los intereses de los institutos religiosos (Watanabe, 2003).

Durante el primer franquismo, sobre todo hasta el Concilio Vaticano II, hay que destacar dos etapas. La primera desde el final de la guerra hasta 1945, un período de confusión entre las asociaciones de la Juventud Católica y las organizaciones juveniles del régimen (Frente de Juventudes); de dominio de la Acción Católica sobre las organizaciones de las congregaciones y órdenes religiosas, aunque se trató de una etapa de crecimiento de los centros escolares de los institutos religiosos; de una etapa de confrontación entre parroquias y centros no parroquiales, ya fueran de Acción Católica o de otra índole. La segunda, entre 1945 y 1965 se caracteriza por un mayor compromiso social de las órdenes religiosas, especialmente con la puesta en marcha de múltiples iniciativas de formación profesional; de implicación de los centros escolares con el escultismo, sobre todo en Cataluña; y una transformación profunda de las congregaciones marianas.

Es preciso destacar la acción de las Congregaciones Marianas, colegiales y universitarias (organizadas en la FECUM), entre las que destacan las de Barcelona y Madrid, y las Vanguardias Obreras en las Escuelas Profesionales [...]. Finalmente, hay que destacar la renovación pedagógica y espiritual (a partir de las Congregaciones Marianas, vividas sobre todo en los colegios), que dieron frutos académicos y cristianos, no todos fáciles de evaluar y desgraciadamente no totalmente aprovechados a través de las asociaciones de antiguos alumnos. Porque, de fondo, ésta es la gran cuestión que late bajo la actividad educativa de los centros de la Compañía: buscar la mayor gloria de Dios, el mejor servicio a la Iglesia y a las personas de cada tiempo (Sanz de Diego, 1994: 876).

De los Patronatos para la Juventud a los Movimientos de Juventud

Los Patronatos Escolares nacen en el marco de la continuidad de la catequesis infantil, como «catecismos de perseverancia», especialmente como respuesta a la ofensiva laicista de finales del siglo XIX y principios del XX, y la consiguiente eliminación de la enseñanza de la religión en la escuela. El conflicto laicismo-catolicismo se plantea especialmente en la Francia de la III República y allí se difunden los Patronatos Escolares como forma de respuesta alternativa con objetivos predominantemente catequéticos (Cholvy, 1999a y 1999b).

Lo que caracteriza a los patronatos es la dependencia, y la prioridad de los objetivos «externos», religiosos, sobre los objetivos propiamente juveniles. Se corresponden con una pastoral de segregación, de creación de espacios reservados para la lectura y el ocio sin peligros morales. El patronato, tanto el «escolar» como el «social» para jóvenes trabajadores, es el modelo de obra de preservación; una obra en general muy ligada a la parroquia y su actividad pastoral. Por otra parte en relación con el dilema sobre la educación-preservación de las masas o la formación de las élites, el patronato trata de atender al mayor número y plantea actividades poco exigentes y fundamentalmente atractivas como el deporte.

En Francia la obra de los patronatos alcanzó su gran apogeo en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial, como respuesta pastoral a la eliminación de la enseñanza de la religión en la escuela, pero mantuvo su vitalidad y capacidad de atracción en el período de entreguerras, al lado de otras obras y asociaciones juveniles. Sólo a partir de los años cincuenta del siglo XX empezó a entrar en crisis, entre otras razones por el avance en el mundo católico de la crítica del paternalismo y del proceso general secularizador.

En España, a pesar de la mayor debilidad del movimiento laicista, surgen también ese tipo de patronatos y obras educativo-catequéticas, especialmente durante el Sexenio liberal-democrático (1868-1874) y en la primera década del siglo XX. Pero todavía en los años cuarenta del siglo XX era una fórmula válida. Un folleto de divulgación sobre uno de estos patronatos ilustra bien las características de este modelo asociativo juvenil:

Nosotros concebimos el Patronato como un centro de reunión de jóvenes en el que tras su trabajo cotidiano y en las primeras jornadas festivas, se les procure un honesto esparcimiento y sea para ellos un verdadero hogar que coopere a su auténtica formación cristiana integral (...) El Patronato no es, pues un Aspirantado de Acción Católica ni un Centro de Luises ni una Juventud católica de ninguna especie (...) externamente y a primera vista aparecerá como un Centro recreativo, de deportes, etc. Pero tampoco es un Club o una Sociedad. Y no lo es porque el entretenimiento, el deporte, etc., es en estas últimas entidades un fin esencial y único, mientras que en el Patronato no pasan de ser simples «medios» —atractivos, cebos— para el fin expresado, que no es sino la formación cristiana, íntegra, total de la juventud obrera. (...) Es una especie de Juventud católica «camuflada» y no por un «snobismo» revolucionario sino con el único objeto de llegar hasta quienes de otro modo quedarían totalmente fuera de nuestras posibilidades de conquista... (Ezcurdia Lavigne, 1949: 23-24).

Según esta definición el objetivo del patronato era la atracción de una masa alejada mediante una oferta deportiva y recreativa que facilitara la influencia moral y religiosa. El objetivo final era la educación religiosa y moral de los jóvenes obreros, pero el inmediato y directo eran las actividades deportivas y recreativas por él

organizadas. Por ello las exigencias religiosas dentro del patronato eran mínimas, y la inasistencia esporádica no podía ser motivo de expulsión. Se trataba de atraer, no de exigir unas prácticas piadosas y un compromiso fuerte de vida cristiana; para eso estaban la Juventud de Acción Católica y las otras congregaciones de tipo piadoso y apostólico.

El patronato estaba especialmente destinado a recoger a los jóvenes de 14 a 16 años, como continuación de la catequesis parroquial, y eventualmente, en algunos casos, podía ser el paso previo al ingreso en otras organizaciones juveniles católicas de militantes. Pero en general la estancia en el patronato solía prolongarse algunos años más, hasta los 20, sin desembocar en otra organización juvenil.

El ideal es que el patronato estuviera abierto diariamente, por las tardes, después de la jornada laboral, pero sobre todo la actividad del patronato se desarrollaba los domingos por la tarde; ahí se concentraban las actividades deportivas, recreativas y las charlas formativas. El patronato debería disponer de un local con salón-capilla, y algunas otras dependencias aparte, y, sobre todo, de terreno suficiente para la práctica deportiva. Por ello lo lógico es que el patronato se ubicara en la periferia de las ciudades, próximo, por otra parte, a sus principales destinatarios.

El director del patronato debería ser preferentemente un sacerdote, pero sus actividades dependían de un buen grupo de colaboradores, preferentemente jóvenes universitarios católicos, procedentes de la Juventud Católica. Así que la buena marcha de un patronato dependía de su relación con otras asociaciones católicas, que le podían prestar colaboradores y ayuda material. El funcionamiento del patronato era responsabilidad principal del director sacerdote, pero era conveniente incorporar a los jóvenes «beneficiarios» en la organización y programación especialmente de las tareas deportivas.

Una variable de patronato para la juventud era el destinado específicamente a la educación y moralización de la juventud obrera. El *Patronato de la Juventud Obrera*, como obra insertada en el Círculo Católico de obreros, participa plenamente de su espíritu y mentalidad social eminentemente moralista y paternalista: «una reunión de socios protectores y activos que se proponen fomentar las buenas costumbres y la instrucción literaria y cristiana entre los jóvenes patrocinados».

El fundador de los Círculos Católicos de Obreros, el jesuita Antonio Vicent, presentaba en un reglamento modelo los objetivos y las actividades de los círculos. Siguiendo los mismo objetivos múltiples de los círculos, religiosos, morales, instructivos, económico y recreativos, el patronato para la juventud obrera debería ofrecer «escuelas dominicales... para enseñarles la doctrina cristiana y tenerles además entretenidos con juegos inofensivos, alejándoles así de los peligros que en otros lugares pudieran correr», y «Escuelas nocturnas en los días de trabajo, en las cuales se enseñará a leer, escribir, cuentas y catecismo... y en caso excepcional escuelas de aplicación de artes y oficios». Pero además el patronato debía cuidar la oferta recreativa, estableciendo «una banda de música o en su defecto un orfeón o coro, y un teatro» (Ruiz Rodrigo, 1982: 163-164). Este modelo paternalista y moralista de patronato para la juventud obrera debió durar tanto como los círculos. En la medida en que el modelo fue más adelante revisado por los propios propagandistas del catolicismo social, partidarios de fundar sindicatos o asociaciones profesionales exclusivamente compuestas y dirigidas por obreros, las secciones juveniles de esos sindicatos revisarían los presupuestos de los patronatos. El nacimiento de la Juventud Obrera en Bélgica de la mano de Cardijn respondía a planteamientos completamente diferentes.

Las Juventudes Católicas

Entre el tiempo de los Patronatos para la Juventud y el de los Movimientos de Juventud, se puede señalar una etapa intermedia, las de las Organizaciones de Juventud, cuyo modelo puede ser la ACJF (Action Catholique de la Jeunesse Française) fundada en los años 80 del siglo XIX. Esta asociación anticipa el modelo de la AC de Pío XI: una organización eminentemente seglar, en la iniciativa y en la dirección, claramente distinta de los partidos políticos católicos, y de las organizaciones profesionales (sindicatos de obreros, de campesinos, asociaciones de maestros, estudiantes, padres, etc.). En el caso de las Juventudes Católicas, rama juvenil sobre todo masculina del conjunto de la Acción Católica, se trataba de una organización eminentemente juvenil (compuesta y dirigida por jóvenes aunque asesorada por consiliarios, clérigos adultos), con un objetivo fundamentalmente apostólico o misionero, un ideal formativo basado en la trilogía «Piedad, Estudio, Acción», y un método pedagógico específico, el «Círculo de Estudio»; método participativo que implicaba un proceso de autoformación en los principios morales (sociales, políticos y económicos) básicos, que deben inspirar la acción del católico, según las encíclicas de los papas.

En Europa el tiempo de los movimientos juveniles, de uno y otro signo, confesionales o políticos, es el período de entreguerras, aunque aún adquiere un notable desarrollo en los años de la postguerra, hasta aproximadamente los movimientos de mayo del 68. En la coyuntura de entreguerras se dan una serie de circunstancias que explican la eclosión de los movimientos juveniles:

- La Primera Guerra Mundial ha dado un protagonismo especialmente relevante a la juventud en la vanguardia y en la retaguardia.
- En la postguerra, entre las iniciativas pacifistas, la educación de la juventud es una buena alternativa; y la dimensión internacional de los movimientos trata precisamente de crear lazos de colaboración y fraternidad internacional.
- En todos los movimientos juveniles, no sólo en el escultismo, se cultiva el contacto con la naturaleza.
- Se trata de movimientos con una clara proyección social y política. Cada partido o movimiento político genera su rama juvenil. También los movimientos de A.C. necesariamente «apolíticos», en el sentido de apartidistas, forman para un compromiso cívico social. Los métodos educativos de todos ellos tienden a la formación de militantes.
- Todos dan gran importancia a las expresiones simbólicas propias: uniformes, banderas, insignias, promesas... (Coutrot, 1985: 109).

El jesuita Joaquín Azpiazu en su libro de propaganda sobre las Juventudes Católicas, publicado en Madrid en 1927, resumía en términos relativamente análogos el espíritu de postguerra en el que se habían desarrollado con fuerza los movimientos juveniles: «Las fuerzas impulsoras que desde el fin de la guerra imprimieron su dirección al desarrollo de las asociaciones colectivas católicas de jóvenes fueron tres: el problema llamado de los jóvenes, el movimiento hacia los deportes y las necesidades sociales de los tiempos presentes». La especificidad de la identidad juvenil y la demanda correspondiente de organizaciones propias, autónomas, no tuteladas al menos abierta y directamente, era una consecuencia de la experiencia de los jóvenes en los campos de batalla (Azpiazu, 1934: 19).

En España la organización de la Juventud Católica como rama juvenil del nuevo modelo de Acción Católica que trata de organizar las bases promulgadas por el primado Reig Casanova en 1927, era la traducción del modelo europeo de Juventudes Católicas basado en el triple ideal de Piedad-Estudio-Acción y en el método formativo del Círculo de Estudio. Los primeros pasos de la Juventud Católica se habían dado por iniciativa de algunos Propagandistas de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas fundada por Ayala en 1910, y presidida en ese momento por Ángel Herrera, y en contacto con la asociación internacional. Pero es a partir de las bases promulgadas por el primado Reig cuando se impulsa una organización unitaria, dependiente de la jerarquía diocesana, sobre la base de fusionar o coordinar las asociaciones y organizaciones juveniles preexistentes, mencionadas en las propias bases de 1927: los patronatos y centros de juventud obrera, las Congregaciones marianas, las Juventudes Antonianas, las Juventudes Salesianas, los Antiguos Alumnos de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

No era tarea fácil esa integración orgánica de esas juventudes católicas, estrechamente ligadas a las respectivas congregaciones religiosas, en una sola Juventud Católica, ligada a la parroquia y al obispo, e identificada con el ideal y el método formativo del Círculo de Estudio. El contexto protector de la dictadura de Primo de Rivera facilitó los primeros pasos organizativos, las primeras asambleas nacionales. El contexto hostil de la República laica impulsó la urgencia y la necesidad de organizarse para tareas defensivas directamente ligadas a la reacción católica y eclesiástica frente a las medidas secularizadoras de los gobiernos republicanos (Watanabe, 2003).

Los jesuitas de *Fomento Social* contribuyeron específicamente a la difusión del modelo de las Juventudes Católicas en España, publicando al mismo tiempo que se promulgaban las bases de Reig Casanova una serie de libros sobre la identidad y los métodos de las nuevas asociaciones. Joaquín Azpiazu se encargó de divulgar, en un primer volumen de una trilogía, el ideal formativo de Piedad-Estudio-Acción y el método participativo del Círculo de Estudio, que marcaban la novedad del modelo. Victoriano Feliz publicó un cuadro sobre las «Juventudes católicas extranjeras», y finalmente, en equipo, publicaron un panorama de lo que eran y sobre todo de lo que podían llegar a ser las «Juventudes Católicas españolas». Posteriormente, ya en 1933, Victoriano Feliz publicó un volumen de divulgación de la JOC belga con el título *La conquista de la juventud obrera*. En el tiempo de la República los consiliarios y dirigentes de la AC conocieron directamente la experiencia de los movimientos especializados juveniles, la juventud obrera, la estudiante y la campesina, y se plantearon su posible implantación en España, como secciones o grupos integrados en el conjunto de la Juventud de AC, pero apenas llegaron a cuajar salvo algunos grupos de juventud obrera.

El ideal formativo y los nuevos métodos, en especial el Círculo de Estudios, eran presentados por Azpiazu en su folleto de propaganda. Se trataba de un ideal pensado específicamente para la juventud masculina, que planteaba un modelo de educación integral, religiosa, moral, del carácter (educación en la voluntad, el trabajo, la alegría y la pureza), física y sexual. El prototipo de joven católico era perfilado en tono exhortativo:

Sé hombre; es decir, obra como hombre, no como irracional. Déjate guiar de la razón y no de los instintos groseros. Sé hombre; es decir, no seas mujer, en el sentido flaco de la palabra. Sé hombre; es decir, no seas chiquillo en tus apreciaciones y

en tus obras. Sé hombre; es decir, no seas gallina en tus convencimientos y en la defensa de tus ideas. Sé hombre; es decir, no seas ganso, en el sentido harto peyorativo que tiene la palabra en la sociedad (Azpiazu, 1934: 59).

La formación y la difusión de ese ideal juvenil católico requería de una organización específica con objetivos e instrumentos pedagógicos acordes con los tres objetivos (piedad, estudio, acción), unitaria y homogénea, pero también flexible para adaptarse a las distintas edades y ambientes sociales; una organización que atendiera a la vez a la formación de unas élites y la educación de las masas.

El instrumento pedagógico o formativo básico, en el que se plasmaba el objetivo central del «estudio», era el *Círculo de Estudios*. Un método que a diferencia de la conferencia se basaba en la participación y suscitaba la autoformación personal. No se trataba sólo de informar o instruir sino de formar dirigentes. Ahora bien, la autoformación tenía que ser «dirigida» por el adulto consiliario para garantizar la ortodoxia del aprendizaje. «El fin del *Círculo*, decía Azpiazu, no es discutir sino estudiar», por ello la discusión tenía que ser dirigida, y siempre referida a textos doctrinales seguros. Las encíclicas y los documentos pontificios de los últimos papas eran la fuente principal de estudio. La mayor eficacia del *Círculo* parecía aconsejar la especialización por edades y ambientes sociales.

En un folleto de divulgación para España de las asociaciones juveniles católicas belgas, el jesuita Victoriano Feliz en 1933, presentaba también las características y el espíritu de los *Círculos de Estudio* en general, así como su posible adaptación o reconversión a la juventud obrera, según el modelo inaugurado por Cardijn en 1926:

Un *Círculo de estudios* no es otra cosa que una reunión de personas donde, por medio de un trabajo fraternal, se procura adquirir el complemento de instrucción de formación religiosas, morales y sociales necesarias hoy no solamente para ser hombre honrado, ciudadano consciente y cristiano sólido, sino también para ejercer influencia alrededor de sí y actuar eficazmente en el medio ambiente en que se vive. La obra propia del *Círculo de Estudios* es crear individualidades robustas, aptas para la conquista (...).

El carácter activo del método queda perfectamente subrayado en el siguiente párrafo:

El *Círculo de Estudios* no es un escuchar conferencias o discursos a grandes eminencias científicas o literarias. Los oradores han de ser los circelistas mismos, que han de irse turnando en sus exposiciones. Formar hombres conscientes, convencidos, capaces de defender sus ideas, es el fin del *Círculo de estudios*. Y sabido es que para poseer plenamente una idea y estar penetrado de ella, es preciso haberla meditado y como habérsela asimilado. Y eso no se consigue sino habiéndola estudiado detenidamente. Si, pues, los circelistas han de dar cuenta ante sus compañeros de una cuestión, la estudiarán personalmente y quedarán con una idea, con una impresión de esa cuestión muy distinta de si la hubiesen oído exponer a un conferencista, por brillante que él fuese (Feliz, 1933: 128-129).

El modo de celebración de un *Círculo de Estudios* podía seguir estas pautas:

Las sesiones serán semanales y durarán una hora. Se da comienzo rezando un Padrenuestro. A continuación se tiene lo que se ha dado en llamar «cambio de impresiones», que dura unos diez minutos. Es el tiempo de los comentarios sobre lo ocurrido

durante la semana, de interés para los circelistas. Se comentan los artículos interesantes que sobre el particular hayan salido en la prensa... Sigue la exposición de los temas, que pueden ser dos en cada sesión; social el uno y apologético el otro. Al terminar la exposición de cada uno de ellos se abre discusión en la que pueden tomar parte los circelistas. Se cierra la sesión con la lectura comentada por el consiliario, de un pasaje del Evangelio, y por fin se termina con un Padrenuestro (Feliz, 1933: 130).

El objetivo final de las Juventudes Católicas, la acción, participaba del objetivo global de la Acción Católica de Pío XI: el reinado social de Jesucristo (ideal definido en la encíclica *Quas Primas*) teniendo en cuenta que la cristianización de la sociedad comienza por la base, la familia, pero asumiendo también personalmente, fuera de la organización, los compromisos sociales, profesionales y políticos. Azpiazu, siguiendo las instrucciones pontificias, marcaba bien las diferencias entre la «acción católica», propiamente dicha, bajo la estricta dependencia de la jerarquía, y los otros planos de la acción social, profesional y política en los que sólo cabía una «intervención indirecta» de la jerarquía eclesiástica (Azpiazu, 1934: 150-154).

El nacimiento de los *Movimientos juveniles de Acción Católica especializada*, y en primer lugar la Juventud Obrera (la JOC), supone un salto cualitativo, dentro de una fundamental continuidad. Nacen dentro de la organización de las Juventudes Católicas, pero pronto reclaman una cierta autonomía; su espacio social de referencia no es la parroquia sino el ambiente social generalmente interparroquial; partiendo del Círculo de Estudio desarrollan un método propio eminentemente inductivo además de participativo: la encuesta o «revisión de vida» que, a diferencia del Círculo de Estudio, parte de la experiencia, los «hechos de vida», en vez de los documentos de la doctrina social de la Iglesia. Esa dinámica formativa aboca preferentemente a la adopción de acciones sociales y políticas en relación con los problemas concretos del ambiente (el llamado «compromiso temporal»); acciones que tienden progresivamente a ponerles en relación de colaboración, en vez de confrontación, con otros movimientos juveniles políticos de signo diferente. En definitiva los movimientos juveniles de AC especializada entienden su misión apostólica en una dimensión preferentemente educativa, social y política, más que religiosa, asumiendo en la práctica la secularización autónoma de la acción sindical y política.

En España el desarrollo de los movimientos juveniles de AC especializada con su propia metodología (la revisión de vida) y dinámica de compromiso social tendrá que esperar a los años cincuenta y sesenta. Paradójicamente el mayor despliegue de este modelo se dará en España, en los años 60, cuando ya en otros países europeos había comenzado su decadencia. En el mundo asociativo juvenil el paso de los centros parroquiales a los centros especializados, con el correspondiente cambio ideológico y metodológico, se dio en primer lugar en la Juventud Obrera, la JOC, especialmente a partir de 1956, con el cambio de siglas y la vinculación abierta a la organización internacional. Pero la generalización de ese cambio de modelo al conjunto de los movimientos juveniles se hizo a partir de 1959. Unas Jornadas de Presidentes diocesanos de la Juventud masculina de Acción Católica (JACE) en julio de 1960, acordaron de manera explícita esa transformación, explicando con claridad lo que significaba en el plano ideológico y metodológico: la diferencia entre un centro parroquial y un equipo de militantes de un movimiento obrero, campesino o estudiantil; la novedad de la revisión de vida a diferencia del Círculo de Estudio («Aceptar el método activo o lo que es igual, la Revisión de Vida quiere decir que cada uno de nosotros, cada militante, va a realizar y a buscar

su formación a través de la acción y partiendo de la vida»; las exigencias del compromiso social («distinguimos entre apostolado de suplencia y apostolado específico seglar de AC propiamente dicho. El apostolado de suplencia es el que realizan los jóvenes que ayudan al párroco en la predicación y en el desarrollo de la vida litúrgica y sacramental. Y el apostolado específico del seglar propiamente dicho es el que realiza cada militante en sus ambientes de vida»)³.

La transformación planeada por los presidentes diocesanos de la JACE en 1960 se comenzó a aplicar de forma rápida e intensa en el conjunto de la Organización, impulsando el crecimiento y la difusión del nuevo modelo en los distintos movimientos de ambiente: obreros, campesinos, estudiantes, empleados urbanos. Además en ese proceso de la primera mitad de los sesenta se comenzó a superar la férrea separación de género. Así se llegó a planear una campaña conjunta, coordinada, de todos los movimientos juveniles de AC especializada, masculinos y femeninos, en torno a un objetivo común: la participación de la juventud en la sociedad, en los distintos planos, familiar, profesional, de ocio, etc.

El esculatismo católico: educación cívica y religiosa

La trayectoria del esculatismo, desde comienzos de la segunda década del siglo XX hasta los años sesenta, avala una propuesta educativa altamente significativa desde la perspectiva confesional y de la formación en clave religiosa de la juventud. Más allá del compromiso y de la impronta política de las primeras décadas, indudablemente la relevancia del esculatismo radica en la aplicación de una metodología pedagógica activa, dinámica y encaminada a formar a la juventud en el saber hacer, en la ascética de la lucha, en la forja del carácter, en el trabajo en equipo y en la vivencia de la fe fruto de la experiencia del compartir. Desde su implantación en la Península Ibérica, el esculatismo ha trabajado intensamente para fortalecer las cualidades del individuo, el espíritu de cooperación y la disciplina a través de la vida al aire libre, siguiendo el espíritu de Baden Powell, es decir, de un sistema educativo que conjuga el civismo y la religión.

Aunque ciertamente existe una línea de continuidad clara desde sus inicios, el movimiento ha tenido que superar en España diferentes coyunturas políticas que, inevitablemente, han marcado profundamente su inculturación y su organización. Por otra parte, al tratarse de un modelo pedagógico esencialmente de carácter internacional no católico, no siempre ha gozado del apoyo jerárquico e institucional de la Iglesia, por tratarse también de una organización que difícilmente encajaba en el modelo pastoral dominante de la Iglesia española. En España, el esculatismo es un movimiento de formación juvenil de carácter ilustrado y burgués, aunque originariamente también aristocrático y militarista, sobre todo como modelo impulsado y apoyado por la monarquía y la cúpula militar. No obstante el apoyo político del sistema de la Restauración, el modelo pedagógico arraigó en la periferia del Estado, promovido desde los ámbitos educativos (y/o escolares) y de tiempo libre (sociedades excursionistas, academias, centros escolares, clubs deportivos).

³ XXVII Jornadas Nacionales de Presidentes Diocesanos de la JACE, La Granja, julio de 1960, síntesis doctrinal sobre el 1º tema, Movimientos Especializados, B) Formación de militantes, pp 44-45. Sobre la JOC en España, vid. SANZ (1990), MARTÍNEZ HOYOS (2000). Una visión sintética e interna de la evolución de la JACE en SÁNCHEZ TERÁN (1965).

Encontró el clima ideal de crecimiento en Cataluña (Balcells y Samper, 1993) gracias a la experiencia de la Escuela Nueva, al impulso y la colaboración del clero regionalista y culturalmente más activo, y al apoyo de la burguesía conservadora, liberal y catalanista. Así las cosas, el esculatismo asumió, en parte, el reto de la formación del carácter y la disciplina, como una iniciativa encaminada a consolidar una juventud patriótica y fuerte espiritualmente (González-Agapito, Marquès, Mayordomo y Sureda, 2002: 343-344). Los ejemplos del esculatismo confesional tanto belga como francés ayudaron a contemplar el movimiento también como un método educativo confesional, intachable en su contenido y en sus formas. Fue durante los años veinte y hasta la Segunda República cuando el esculatismo confesional tomó forma como un modelo de pedagogía activa. Parte de la experiencia vivida, en grupo y al aire libre, desde una dinámica comunitarista de análisis de la realidad y de compromiso a partir de los valores y principios descubiertos. A diferencia de la Juventud Obrera Católica, un modelo educativo para jóvenes obreros o asalariados, el esculatismo socializa sobre todo a jóvenes de clase media, estudiantes en su mayoría, y canaliza didácticamente el espíritu activo, deportivo y ecológico de una juventud emergente, mayoritariamente urbana. Desde la perspectiva católica, el esculatismo propone un modelo educativo de carácter evolutivo, gradual y en etapas, con lo cual se adapta perfectamente a las nuevas inquietudes de la psicología evolutiva; sugiere un método integral poliédrico, con una especial atención a los símbolos y al ritual; incluye una liturgia iniciática, y, en consecuencia, un modelo concreto de lo que se ha denominado las liturgias pedagógicas. Sectores renovadores del clero secular y regular promovieron agrupaciones de boys-scouts en el interior de otras organizaciones confesionales (congregaciones marianas, patronatos) porque estaban convencidos de su dimensión educativa y apuestan a favor de que la Iglesia no se quede al margen de este movimiento regenerador.

Los jóvenes iniciados en el esculatismo aprenden la religión en los hechos, aprenden a hacer y experimentan una determinada ascética, es decir, un entrenamiento real en un medio real en el que interiorizan valores sociales, cívicos y religiosos. No obstante la relevancia del esculatismo de influencia católica —sobre todo en Cataluña (Balcells y Samper, 1993; Marquès, 1984), Valencia y Baleares (Cerdà, 1997)— hasta 1933/34 existió una organización centralizada, aunque plural, controlada por los Exploradores de España. Como consecuencia de la radicalización en torno al hecho religioso, durante la Segunda República española, una parte del esculatismo católico primigenio desapareció y se consolidó otro en el contexto de un catolicismo dialogante, plural y abierto, aunque no pudo superar la intolerancia y la crisis cívica de la Guerra Civil.

No obstante la aparente desaparición del esculatismo durante la contienda militar española, el movimiento resurgió en la inmediata postguerra, en el contexto cultural europeo de cuestionamiento de la pedagogía individualista y totalitarista. Renace, el esculatismo, como un modelo de formación y de compromiso en un clima de despolitización y de silencio, gracias a las posibilidades de las entidades católicas, a la debilidad de las asociaciones excursionistas y como alternativa al modelo de formación juvenil impuesto por el régimen franquista. Contó con la colaboración de un grupo de eclesiásticos exiliados durante la Guerra Civil, de un contingente de clero joven y de diversos institutos religiosos, ansiosos de ofrecer una alternativa postescolar confesional y lúdica con capacidad suficiente para

socializar a la nueva juventud burguesa. Inicialmente creció al amparo de la Acción Católica, a la que ofreció un recambio y una renovación pedagógica sólida y una alternativa al modelo confesional pietista. No obstante, coincidiendo con los movimientos especializados de AC, el escoltismo se desarrolló y creció de forma significativa durante el decenio de 1950 y aportó un modelo organizativo de carácter federado no centralista. Fiel al espíritu cívico y religioso de Baden Powell, la pedagogía activa del escoltismo confirmó su capacidad de socialización y su opción de compromiso social y cívico en una sociedad y en una Iglesia inmersa en un proceso de cambio lento, pero firme, hasta el Concilio Vaticano II (Balcells y Samper, 1993; Cruz Orozco, 1995). En buena medida, el escoltismo se convirtió durante los decenios de 1950 y 1960 en un modelo educativo moderno y atractivo, con una capacidad clara de liderar el movimiento juvenil confesional, coincidiendo con la crisis de AC y la incapacidad de las organizaciones juveniles del régimen, con una especial significación en Cataluña, Valencia y Mallorca. En la conquista de nuevos espacios de libertad —tanto en el interior de la Iglesia como en la sociedad española en general—, el escoltismo tenía el atractivo de una organización desacralizada, dirigida por sacerdotes y religiosos comprometidos y ofrecía un escenario dinámico y abierto de socialización.

Bibliografía

- ALBERDI, R.: «El proyecto educativo salesiano», en DELGADO CRIADO, B. (coord.): *Historia de la Educación en España y América. 3: La educación en la España contemporánea (1789-1975)*, Madrid, SM-Morata, 1994, pp. 593-599.
- ALONSO MARAÑÓN, G.: *La Iglesia docente en el siglo XIX. Escuelas Pías en España y América. Formación del Profesorado y expansión educativa*, Universidad de Alcalá de Henares, 1996.
- ALOY, M.: «Los centros religiosos de formación profesional reglada en la Comunidad Autónoma Vasca», en *Iglesia y Educación en España. Perspectivas históricas, IV Coloquio de Historia de la Educación, Palma, septiembre 1986*, Universitat de les Illes Balears, 1986, II, pp. 1-12.
- ÁLVAREZ LÁZARO, Pedro: *Cien años de educación en España*, Madrid, MEC, 2001.
- ANDRÉS GALLEGO, A. y PAZOS, A.: *La Iglesia en la España contemporánea. I. 1800-1936*, Madrid, Ediciones Encuentro, 1999.
- AZPIAZU, J.: *Jóvenes y Juventudes*, Madrid, Edit. Razón y Fe, 1926 y 1934.
- BALCELLS, A. y SAMPER, G.: *L'escoltisme català (1911-1978)*, Barcelona, Barcanova, 1993.
- BARTOLOMÉ MARTÍNEZ, B. (dir.): *Historia de la acción educadora de la Iglesia en España, II, Edad contemporánea*, Madrid, BAC maior, 1997.
- BERMUDO DE LA ROSA, M.: *SAFA, medio siglo de educación popular en Andalucía. Historia de las Escuelas Profesionales de la Sagrada Familia 1940-1990*, Universidad de Jaén, 1996.
- CERDÀ, M.: *L'escoltisme a Mallorca (1907-1995)*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1997.
- COUTROT, A.: «Le Mouvement de jeunesse, un phénomène au singulier?», en CHOLVY, G. (ed.): *Mouvements de jeunesse. Chrétiens et juifs. 1799-1968*, Paris, Cerf, 1985.
- CHOLVY, G. (ed.): *Mouvements de jeunesse. Chrétiens et juifs. 1799-1968*, Paris, Cerf, 1985.
- *Histoire des organisations et mouvements chrétiens de jeunesse en France XIX-XX siècle*, Paris, Cerf, 1999a.
- *Sport, culture et religion. Les Patronages catholiques (1898-1998)*, Brest, CNRS, 1999b.

- CRUZ OROZCO, J. I.: *Escultismo, Educación y Tiempo Libre. Historia del asociacionismo scout en Valencia*, Valencia, Generalitat Valenciana-Institut de la Joventut, 1995.
- DELGADO CRIADO, B. (coord.): *Historia de la Educación en España y América. 3: La educación en la España contemporánea (1789-1975)*, Madrid, Edic. SM y Morata, 1994.
- DEPAEPE, M. y SIMON, F.: «La conquista de la Juventud: una cruzada educativa en Flandes durante el período de entreguerras», *Historia de la Educación*, 18 (1999), pp. 301-320.
- EZCURDIA LAVIGNE, J. A.: *Notas para un estudio sobre la Obra de los Patronatos para jóvenes obreros*, San Sebastián, Ed. Escelicer S.L., 1949.
- FAUVELL, V.: «Escolapios», en DELGADO CRIADO, B. (coord.): *Historia de la Educación en España y América. 3: La educación en la España contemporánea (1789-1975)*, Madrid, Edic. SM y Morata, 1994, pp. 577-581.
- «Educación y órdenes y congregaciones religiosas en la España del siglo XX», *Revista de Educación*, extraordinario (2000a), pp. 137-200.
- FAUVELL ZAPATA, V.: «Historiografía escolapia. Innovaciones y cambio», *Analecta Calasanciana*, 84 (2000b), pp. 139-149.
- FELIZ, Victorino: *La conquista de la juventud obrera*, Madrid, Ed. Razón y Fe, 1933.
- FLORENSA, J.: «L'esperit d'associació als escolapis de Catalunya (1875-1923)», en *Catalunya i la Restauració (1875-1923)*, Manresa, Centre d'Estudis del Bages, 1992, pp. 277-280.
- FLORIDO, J.: *La acción educativa de las Hijas de la Caridad en España, 1783-1893*, Madrid, Ediciones SM, 1988.
- FULLANA, P.: *El moviment catòlic a Mallorca*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1994.
- GALLEGO, S.: *Sembraron con amor. La Salle. Centenario en España (1878-1978)*, San Sebastián, Conferencia de Visitadores F.S.C., 1978.
- GASTON, I.: «El Colegio del Pilar en la Dictadura de Primo de Rivera», en *Iglesia y Educación en España. Perspectivas históricas, IV Coloquio de Historia de la Educación, Palma, septiembre 1986*, Universitat de les Illes Balears, 1986, I, pp. 67-76.
- GIL, P.: «Los Hermanos de las Escuelas Cristianas», en DELGADO CRIADO, B. (coord.): *Historia de la Educación en España y América. 3: La educación en la España contemporánea (1789-1975)*, Madrid, Edic. SM y Morata, 1994, pp. 589-593.
- GUDIN DE LA LAMA, E.: «Los colegios de la Salle en Asturias durante el primer tercio del siglo XX», *Historia de la Educación*, 18 (1999), pp. 267-300.
- HERNÁNDEZ, R. y GALMÉS, L.: «Dominicos», en DELGADO CRIADO, B. (coord.): *Historia de la Educación en España y América. 3: La educación en la España contemporánea (1789-1975)*, Madrid, Edic. SM y Morata, 1994, pp. 581-584.
- LABRADOR, C.: «La Compañía de María (marianistas)», en DELGADO CRIADO, B. (coord.): *Historia de la Educación en España y América. 3: La educación en la España contemporánea (1789-1975)*, Madrid, Edic. SM y Morata, 1994, pp. 593-599.
- LÓPEZ PEGO, C.: *La Congregación de los Luises de Madrid. Apuntes para la historia de una congregación mariana universitaria de Madrid*, Bilbao, Desclée, 1999.
- LULL MARTÍ, E.: *Jesuitas y pedagogía. El Colegio de San José en la Valencia de los años veinte*, Madrid, Universidad Pontificia de Comillas, 1997.
- MARQUÈS, S.: *L'escoltisme gironí*, Girona, Edicions del Pèl, 1984.
- MARTÍN, B.: *Los Escolapios en Castilla y León. Presencia y actuaciones pedagógicas (1875-1975)*, tesis doctoral, Salamanca, 1998.
- MARTÍNEZ HOYOS, F.: *La Joc a Catalunya*, Barcelona, Edit. Mediterránea, 2000.
- MENOZZI, D.: *Sacro Cuore un culto tra devozione interiore e restaurazione cristiana della società*, Roma, 2002.
- MONTERO GARCÍA, F.: «Juventud y política: los Movimientos juveniles de inspiración católica en España: 1920-1970», *Studia Historica*, V, 4 (1987), pp. 105-121.
- *El Movimiento católico en España*, Eudema, 1993.
- *La Acción Católica y el franquismo. Auge y crisis de la A.C. especializada*, Madrid, UNED, 2000.

- «El modelo educativo del movimiento social católico», en TIANA, A. y SANZ, F. (coords.): *Génesis y situación de la educación social en Europa*, Madrid, UNED, 2003, pp. 155-170.
- PUIG REIXACH, M.: *L'Escola Pia de Sarrià (1894-1995). Història i crònica d'una escola religiosa a la Catalunya contemporània*, Barcelona, Escola Pia de Sarrià-Calassanç, 1998.
- REVUELTA, M.: «De las Congregaciones Marianas a las Comunidades de Vida Cristiana», *XX Siglos*, 3 (1995), pp. 30-42.
- REVUELTA GONZÁLEZ, Manuel: «La enseñanza en la Iglesia, una acción discutida y afianzada», en ÁLVAREZ LÁZARO, Pedro: *Cien años de educación en España*, Madrid, 2001a, pp. 241-254.
- «Las congregaciones religiosas en la España contemporánea. Engarce histórico y balance historiográfico», *XX Siglos*, 2 (2001b), pp. 30-42.
- RIQUELME, Pedro: «La Tercera Orden de San Francisco», *XX Siglos*, 2 (1995), pp. 17-29.
- RUIZ RODRIGO, C.: *Catolicismo social y educación*, Valencia, Facultad de Teología San Vicenç Ferrer, 1982.
- SÁNCHEZ TERÁN, S.: «Etapas claves de la JACE», *Signo*, 1965, 1-1-1965, reproducido en *XX Siglos*, 49 (2001).
- SANZ, F.: *Educación no formal en la España de la postguerra*, tesis doctoral, Madrid, U. Complutense, 1990.
- SANZ DE DIEGO, R.: «Jesuitas», en DELGADO CRIADO, B. (coord.): *Historia de la Educación en España y América. 3: La educación en la España contemporánea (1789-1975)*, Madrid, Edic. SM y Morata, 1994, pp. 568-577, 869-876.
- SOBREROCA, L.: «Les Congregacions Marianes», *Qüestions de Vida Cristiana*, 75-76 (1975), pp. 89-106.
- WATANABE, Chiaki: *Confesionalidad católica y militancia política: la Asociación Católica Nacional de Propagandistas y la Juventud Católica Española (1923-1936)*, Madrid, UNED, 2003.
- YETANO, A.: *La enseñanza religiosa en la España de la Restauración (1900-1920)*, Barcelona, Anthropos, 1988.
- XX Siglos*, 3 (1995): dedicada a los laicos: Congregaciones marianas, terceras órdenes.
- XX Siglos*, 49 (2001): «La Acción católica durante el franquismo».